



Revista Venezolana de Orientación

APARTADO 628
CARACAS

AÑO 23 - No. 226
JUNIO 1960

Nacieron hermanas las dos revoluciones del Caribe. El 23 de Enero de 1958 triunfó la Revolución Venezolana. A lo largo de un año fué mucho lo que Venezuela alentó el triunfo de los legendarios guerrilleros de la Sierra Maestra. El primero de Enero de 1959 se impuso la Revolución Cubana a la Dictadura de Fulgencio Batista.

Nacieron hermanas las dos revoluciones y era natural que germinara en ambas generaciones revolucionarias un entrañable afecto fraterno. De Caracas a La Habana y de La Habana a Caracas se tendió un puente de comunicación ideológica y efectiva.

Ha transcurrido año y medio desde el triunfo de Fidel Castro. Las dos revoluciones han comenzado a distanciarse sensiblemente en su ritmo de acción, en su orientación ideológica y en sus consignas políticas nacionales e internacionales. Se habla de que Fidel es la impaciencia juvenil; Betancourt el sosiego ponderado de la madurez. Intimamente se ventila toda una tesis de acción política: evolución o revolución.

EL ANVERSO

También nosotros sentimos un día el espejismo de la Revolución Cubana. Muchos factores contribuyeron a crear una aureola al héroe de la Sierra Maestra: el hálito heroico de la gesta guerrera, sellado por el éxito de la aventura; la vibración nacionalista y antiimperialista de la revolución; el carácter humanista de las reformas sociales.

Fidel ejemplarizaba un anhelo que sentíamos todos los sinceros sociólogos de la América Latina. Veinte naciones iberoamericanas cuentan aún en el sector de los países subdesarrollados del mundo. El imperialismo yanqui asiste impasible a esta realidad, y tal vez la fomenta, porque medra a costa de ella. Tres deben ser los puntos fundamentales de un programa latinoamericano de acción inmediata: cultura popular; industrialización y Reforma Agraria.

Tal vez impresiona primariamente la Reforma Agraria. Pues son los campesinos, en primer término, la base del analfabetismo popular; son ellos los que tendrán que emigrar gradualmente a las ciudades, según éstas vayan creando las industrias pesadas y ligeras; y porque desde California hasta el Cabo de Hornos hay un fenómeno común de injusta distribución de la tierra, que una Reforma Agraria de caracteres continentales tendrá que transformar si hemos de evitar el comunismo.

Las prédicas ardorosas y románticas de Fidel Castro hallaron resonancia en todas las almas nobles del Continente. ¿No fué Estados Unidos testigo y actor de una jira apoteósica del héroe de la Sierra Maestra?

Encontramos estridentes algunos asertos del tribuno; discutibles y peligrosos los juicios ante tribunales populares; excesivamente drásticas algunas medidas sociales, referentes a los alquileres y a la Reforma Agraria; dudosa la actitud ante la enseñanza religiosa y la educación privada.

A pesar de todo —lo confesamos— tardamos en despertar del espejismo de la Revolución Cubana.

Anverso y Reverso
de la
Revolución Cubana

EL REVERSO

Encontramos impresionantes paralelismos entre Perón, Hitler, Mossolini y Fidel Castro. Nada quita a la grandeza individual de estas cuatro figuras históricas del siglo XX el pedestal más o menos grandioso sobre el que los colocaba la mayor o menor densidad demográfica, la mayor o menor amplitud geográfica de sus respectivos países.

Todos ellos tuvieron excepcionales cualidades de conductores de pueblos. Todos poseyeron un acento lírico y romántico, que embruja a las masas. Todos ellos reaccionaban y respondían a realísimas necesidades nacionales. Todos ellos usaron y abusaron de una mezcla de demagogia sensacionalista y ejecutivismo constructor.

Fidel Castro supera tal vez a todos ellos en impaciencia y precipitación. Y la precipitación en las aventuras políticas y económicas es fatal. La velocidad lleva demasiado lejos en las desviaciones.

Era necesaria en Cuba la Reforma Agraria; y nosotros mismos opinamos que para realizarla en toda la América Latina será menester una dosis de violencia. Transformar las estructuras supone revolución; supone quebrar una red sutil de telarañas legales, oficializadas o consuetudinarias. En este sentido la Reforma Agraria Venezolana es revolucionaria en su base. En Cuba lo ha sido en el fondo y en la forma.

Pero sobre la Reforma Agraria Cubana hay algo más grave. La hábil infiltración comunista ha transformado las soñadas pequeñas propiedades agrícolas en granjas colectivas a la manera soviética; y la penosa realidad, que delatan muchos testigos presenciales, es que en Cuba nada han ganado los campesinos: de la esclavitud de los propietarios y latifundistas privados han pasado a la servidumbre, tal vez más dura, de la propiedad colectiva del Estado. Y esta frustración definitiva del anhelo campesino de la propiedad privada de la tierra es el más sangriento de los sarcasmos.

Otro aspecto, cada día más deprimente de la Revolución Cubana es la estrangulación gradual de las libertades cívicas. En los días de la luna de miel revolucionaria se hablaba de elecciones populares, de libertad de prensa. Hoy se descarta con olímpico desdén la consulta electoral del pueblo. Con la supresión de Avance, El Diario de la Marina y Prensa Libre queda liquidada la prensa de oposición. Quien hable por radio o televisión contra el Gobierno es enemigo de la patria. Los líderes de la posible oposición política, necesarios en toda sincera democracia, han desaparecido. Incluso colaboradores valiosos de la revolución, incluso viejos conmitones de la Sierra Maestra. Cienfuegos se esfumó misteriosamente. Hubert Matos está preso. Ray Riveros, Felipe Pazos, Rufo López Fresquet, Sánchez Arango, Rasco, Fiallo, Toni Varona... están en el exilio. Este éxodo de insignes ciudadanos cubanos, y sobre todo, la desertión, muy repetida, de funcionarios oficiales, diplomáticos y hasta confidentiales delatan la formación en Cuba de un estado de pánico policiaco, similar al de todos los países totalitarios desde Rusia hasta el Tercer Reich.

Un sincero y generoso amigo, que un día salvó la vida a Fidel Castro, el Arzobispo Pérez Serantes de Santiago de Cuba, acaba de publicar una Pastoral contra la infiltración comunista, documento que vamos a incorporar al presente número de SIC. Los más avisados temen que el comunismo utilice hoy el poderoso caudal de simpatía popular de Fidel Castro, para hacer de él, en cualquiera de sus próximas purgas, una más de sus víctimas famosas.

Mientras tanto nos vemos precisados a declarar con dolor que Fidel Castro ha entrado por el camino vulgar de las dictaduras. Crecen en toda la América Latina los recelos contra él y la Revolución Cubana. Su peor recomendación es que la conviertan en bandera los comunistas y los más desacreditados demagogos de cada país.

Venezuela, que encabezó un día la lista de sus aliados y colaboradores, se siente ofendida por los repetidos ataques oficiales y oficiosos que se hacen en Cuba contra nuestro Gobierno; por la sustitución del petróleo venezolano por el ruso; hasta por deslealtad afectiva que supone preferir para el Premio Nobel de Literatura al poeta comunista Pablo Neruda frente a nuestro insigne novelista Rómulo Gallegos.

Tal vez no es tarde para un violento y saludable viraje dentro de la vertiginosa carrera, emprendida por Fidel Castro, el impaciente. Seríamos los primeros en regocijarnos de ello. Se habría salvado una revolución, sin duda bien intencionada, en la que muchos habíamos cifrado las esperanzas más halagüeñas.

M.A.E.